





# La agonía de las imágenes

Rodrigo Arroyo Castro



PROYECTO FINANCIADO POR  
EL FONDO NACIONAL DE  
FOMENTO DEL LIBRO Y LA  
LECTURA, 2023.

*La agonía de las imágenes*  
Rodrigo Arroyo Castro

© Rodrigo Arroyo Castro, 2024  
© Komorebi Ediciones, 2024

Colección Mil peces blancos (poesía inédita)

Primera edición: julio de 2024  
Registro de Propiedad Intelectual N°: 2021-A-2085  
ISBN: 978-956-6102-24-3

Imagen de cubierta: Rodrigo Arroyo Castro, “Cuadro rojo”  
Diseño de cubierta: Maite Naranjo  
Diagramación: Pedro Tapia León

Komorebi Ediciones Ltda.  
Los Laureles 075, piso 2  
Valdivia, Chile  
[www.komorebiediciones.cl](http://www.komorebiediciones.cl)

Impreso en Chile por Andros Impresores

Queda prohibida la reproducción de este libro en Chile y en el exterior sin autorización previa de la editorial.

# La agonía de las imágenes



*A mis padres, Beatriz y Rafael*  
*A mis hermanos, Rafael, Javier, Diego y Beatriz*  
*A Ema*

*A la memoria de Jerardo*





*la construcción de este libro queda en  
manos de quien lee, las palabras que  
le faltan permanecen más allá de él*



Soy, de cerca, otro, de lejos

(Zhuang Zi)



I  
**un lugar en el mundo**



Durante un cierto tiempo, siendo joven, he creído en la revolución como creen ahora los jóvenes. Hoy empiezo a creer un poco menos. En este momento, soy apocalíptico. Veo frente a mí un mundo doloroso, cada vez más horrendo. No tengo esperanzas. Por lo tanto no me bosquejo ni siquiera un mundo futuro.

Pier Paolo Pasolini





## Jerardo

Mi abuelo murió al interior de una ciudad sin ríos  
despertando sin metáforas  
imágenes ausentes de la infancia,  
recuerdos que no puedo recordar sin volver al círculo de piedras  
donde aprendió a narrar frente a las llamas  
al interior de una catástrofe perpetua cuya vida hicimos propia  
en medio del horror;

un lugar donde los muertos siguen vivos  
y lo cercano es al mismo tiempo lo distante:  
un mundo empobrecido compuesto por imágenes  
que propagan la ceguera y la violencia del afecto  
al interior de las vitrinas.

Un tiempo sin pasado,  
época de luz donde nos educaron  
para armar una familia y convertirnos en trabajadores  
de un mundo diseñado por coleccionistas  
que celebran el dominio de las formas  
y ocultan la violencia de un pasado que no pasa  
detrás de las rutinas.

Un río prolonga la sangre del pasado y refleja lo que somos:  
un relámpago  
destellos de un amanecer cubierto de ceniza,  
una mano entre las llamas.

El movimiento errático del mar desliza los pliegues de su voz  
al ritmo enrojecido de las olas  
que anuncian la llegada de la noche  
sobre el contorno humedecido de la orilla  
que extiende un mismo acontecimiento para todos

la tibieza repentina de una luz que permanece fuera de la boca  
aquello que intentamos hacer propio y no podemos comprender;  
herida que nos mantiene divididos  
entre la mano que aprendió a imitar al mundo  
y la que escribe una historia donde los signos que desaparecen  
al mismo tiempo nos lastiman.

Mi abuelo hizo propio el gesto de quien calla y se aleja río abajo  
junto a la silueta de los peces  
formas que de algún modo intentamos retener  
sin saber que bastaría con cavar un agujero  
hurgar en los desechos de un archivo interminable  
o balbucear el nombre de viejos partisanos.

A veces creo oír su voz en esos ruidos  
que envuelven la ciudad,  
en la mirada de los caballos que presienten la llegada de los trenes  
y la fría superficie de los muros,

en las sombras donde subsiste el pensamiento  
cuando es apenas un susurro  
huellas en la espesura de rosas abiertas al ocaso;

*florece una época  
y los caballos se agrupan frente al río*

entre púas que relucen sobre la maleza  
y se camuflan entre el silencio de las aves  
que flotan como dientes de león  
sobre un eriazó cubierto de amapolas  
mientras el agua desborda toda orilla, desaparece;  
y se abre la herida de la noche,

se acaba la ciudad

todo se hace opaco  
y la voz refleja aquellos signos  
que miden la distancia con aquello que nos hiere:

somos un cuerpo abandonado  
pecho herido de una loica atrapada al interior de los espejos;  
oscuros rincones donde todo permanece y se consume  
como una infancia sin límites  
donde fuimos pura huella  
del otro lado de la muerte.

Más allá del erial, espinos  
piedras fracturadas por el hielo  
laberintos sobre la corteza de árboles caídos

que marcan el sitio exacto  
donde se alzó el muro trazado por nuestros enemigos  
en los antiguos límites del bosque.

Habitamos un país lleno de muertos  
donde lo único posible es el lenguaje,  
el estallido del ocaso arrastra los recuerdos  
mientras el curso de las aguas atraviesa el otro lado de los vidrios,

todo se derrumba, pero nada cae  
y las marcas de la historia se deshacen en la niebla.

Los cursos de agua se pierden con el viento  
en un recorrido incomprensible hacia lo oscuro,  
un sinfín de olas golpeando un árbol muerto  
pasa lejos de la orilla;

la mirada de mi abuelo cubre la superficie de las olas  
iluminadas con el balbuceo entrecortado  
de esas estrellas que no dejan de morir.  
Su mirada, rincones de pura intimidad,  
cuencas vacías que aparecen sobre el agua.  
El nombre que asignamos a las cosas  
aparece detrás de una pantalla  
tan oscura como ese par de concavidades  
perdidas bajo la superficie del océano.

El hogar de los padres ya no existe,  
pero el fuego de nuestros antepasados  
recorre los cimientos de una casa donde dimos los primeros pasos,

habitando un mundo sin orillas  
anclado a la rabia que nos queda y emerge a nuestro alrededor;  
las luces que dispersa una pantalla  
iluminan imágenes de nuestra infancia:

la profundidad del abandono  
un lenguaje de instrucciones,

o esos círculos concéntricos  
donde todo se hace opaco  
y no podemos sino ver  
una piedra al interior del río,

sílabas cubiertas de guijarros.